

José Luis Sánchez Trincado

Antonio Machado.

I



ON Antonio Machado era el poeta de la paz. La lírica del poeta andaluz es la esencia de lo apacible; sus tormentas patéticas quedan en ese subsuelo de las galerías del alma del que nos habló él mismo, mientras la piel de su poesía quedaba sin extremecerse.

De ahí—entre otros motivos—su simpatía por Castilla de la que ha sido cantor. Porque Castilla tiene también el seco rostro apaciguado y sus tormentas son, por espirituales internas. Castilla conocía la paz desde hace nueve siglos en que se quitó Toledo a los moros —fin virtual de aquella otra reconquista— sin ser ya después sino las pequeñas luchas de los comienzos del XVIII entre dos dinastías y las escaramuzas del antinapoleonismo. Hasta ahora, don Antonio Machado era el poeta de la paz. Pero he ahí su libro «La Guerra». Porque la guerra era en aquel momento la primera de las realidades del país. El que no se podía ne-

gar a recoger esta realidad en su obra era el primero de los intelectuales españoles de aquella hora. El libro iba ilustrado por su hermano. Por otro de los Machado. Ciudadano y artista. El de la alianza, el de la hermandad con su hermano de padre y madre.—también hay motivo para esta clase de re-alianzas a veces—a saber de la hermandad con todos sus hermanos los españoles. Este conmovedor gesto de agarrarse de las manos dos viejos artistas gloriosos; temblorosamente—no de temor, sino de valor, porque también se tiembla ¡y con qué fuerza! de coraje—para salir juntos a darnos su pública obra, ¿no es un ejemplo? Este libro se deberá guardar como un documento de primer orden y no revelar a nadie su secreto, secreto que sólo se entrega blandeado por las más viriles lágrimas. Cuando en un libro todo es poesía auténtica, ¡qué gozo! Cuando un libro es una lección, ¡qué gratitud! El de los dos Machado—don José, don Antonio, ha sido las dos cosas: un hermoso libro de arte y una maravillosa lección de ciudadanía.

II

Más tarde, y también durante la guerra, una casa editora reimprimió las canciones del alto Duero y el poema «La tierra de Alvar González» en un breve volumen manual para que el romance fuere empañado como un arma más por manos rudas que se derritieron en caricias. La poesía castellana de Machado tenía ya valores clásicos y contenía una inapreciable fuerza de

convicción histórica: de ahí la oportunidad de tal recuerdo.

De Castilla bajó la Historia. Fernando III castillanizó a los abuelos árabes de Antonio Machado, del mismo modo que Isabel I castillanizó a los antepasados moros de Emilio Prados. Bajó la Historia Guadalquivir abajo, Duero abajo. Duero, el alto Duero, el altísimo, el mereteño, el soriano Duero, el río de Jorge Manrique y de Antonio Machado.

De Castilla bajó la Historia. Bajó Atlántico adelante hasta que en el otro Hemisferio, los hombres de Núñez de Balboa la pasaron con los doce bergantines encima de los hombros, por sobre el lomo de los Andes. Y la llevaron como a una doncella tímida, a que se enamorara a las claras pupilas del pacífico.

A Castilla subió la poesía de don Antonio Machado y conforme ascendía de los valles céticos, el tono agudo de la lírica de los árabes, se hacía grave y el grito de los desiertos de arena se hacía sollozo en el silencio severo de la meseta de Castilla. Pobre, de arrebatos retóricos y profunda como el cielo de Soria, la poesía de don Antonio tiene el alma andaluza y la voz castellana. Por eso era la más cabal y la más clara entre las palabras poéticas de ahora, la suya.

III

Se me ha muerto don Antonio Machado. Que cada uno de los que le entendieron y lloraron con él, diga

en voz alta su pena. Yo he puesto aquí en esta cuartilla, sobre la que ya no puedo verter lágrimas que la ilustren, a falta de otro homenaje, algunas notas que escribí en mi cuaderno al lado de los dos libros suyos que salieron durante la guerra. La guerra ha matado a don Antonio Machado como mató a don Miguel de Unamuno. A don Miguel, el de las andanzas, es don Quijote, le mató su no salir de su Salamanca y a don Antonio, el de su casa y su café, el pacífico, le mató su salir de su España, el que la guerra le arrojare y le pusiere de pie detrás de la frontera. Por eso se ha caído. Se ha caído de viejo. Porque era tan viejo como la música andaluza y la seriedad castellana. Sus días se han cumplido, en hora histórica; que me salumbre, en mi orfandad de mi maestro y poeta, Antonio Machado, Abel Martín y Juan de Mairena, tres nombres distintos, y un solo hombre verdadero.

Francia, 20-III-1939.